

Adrenalina, feniletilamina, oxitocina y otras hormonas del amor

(Monólogo)

Juan Carlos Rubio

Escena única

LAVANDERÍA.

Nos encontramos en una de esas lavanderías de corte anglosajón que últimamente abundan en Madrid, en las que puedes lavar tu ropa echando unas monedas y esperar tranquilamente sentado mientras termina el programa. Para crear ese espacio sólo necesitamos una lavadora y un banco de tres asientos.

Una mujer de unos treinta y tantos está sentada. A su lado, en el suelo, una bolsa de deporte. Mira fijamente la lavadora.

MUJER.- Guapo... Sí, sí, guapo... No atractivo o morboso, que es algo que se dice a menudo, cuando la cosa no termina de cuajar... No. Raúl es guapo... Guapo a rabiar... Moreno, un pelo ensortijado que le cae así, como quien no quiere, qué casualidad, por aquí y por allá y le da ese aspecto tan... tan suyo. Y esos ojos verdes... O azules, que a veces, cuando te mira fijamente ya no sabes bien cual es su color. Sólo sabes que se clavan en ti... Una, dos, tres veces... ¡Las que haga falta! Y que te da un vuelco el corazón... Como me dio a mí el día que le conocí... Sí, sí... Aún me acuerdo... ¡Quién podría olvidarlo! Se acercó con paso seguro, sin complejos... «¿Estás sola?». «Ya no...» le dije más chula que un ocho... Qué morro, qué morro he tenido siempre que me ha venido bien... Cuando no me ha venido bien, no, no he tenido nunca la misma fuerza, pero... «¿Quieres una copa?» «¿Por qué no?...» Qué mareo y encima era un poco garrafón ¿no? Claro que de eso no te das cuenta hasta que es demasiado tarde... «¿Mi casa o la tuya...?» «No, no, mejor vamos en taxi, no vayamos a terminar en un control de alcoholemia, riéndonos de un picoletto...» El taxista flipando, claro... «Un quinto sin ascensor, lo siento, nene, así somos las chicas modernas...»,

«Qué piel más suave, qué bien besas, seguro que no somos capaces de echar otro...» ¡Uf, y dos más incluso...! Velas, caricias, sabor a tabaco en nuestros labios, cuántas cosas en común ¿no?... «¿Qué vas a hacer mañana?» Una cena romántica, presentar a los amigos, «Es que no puedo estar sin verte, oye...» «¿Me has embujado o qué, tío?»... «Fíjate, a lo tonto ya tres meses que llevamos juntos y... ¡Un año ya!»... «No, yo paso, paso, cari, ¿casarnos? ¿para qué?» «Bueeeeno, total, sí, es sólo un trámite, pues...» «¿También por la iglesia, que tus padres son muy tradicionales y te han educado así? Luego echáis la culpa a las mujeres...» (**Se encoge de hombros.**) Yo vestida de novia, quién lo iba a decir... «Qué detalle tu madre regalarnos las sábanas que tu abuela usó en su noche de bodas, qué bonitas, ya no queda algodón como éste, claro que no...» «¡A ver, el ramo donde lo tiro! Uy, lo ha cogido la Loren, esa no se casa ni aunque le caiga una floristería encima...». «Pues el pisito no ha quedado nada mal, el barrio está un poco lejos del centro, pero ¿qué más da? Yo sólo quiero estar contigo, y que me mires con esos ojazos azules o verdes, y tocarte el pelo, y volver a sentir ese olor a tabaco en tus labios y que me digas...» (**Pausa. Frágil.**) «Últimamente estás más serio, Raúl...» «No, no es que yo me pueda quejar, pero...», «Ya, ya sé que no podemos estar siempre en esa nube que te lleva al cielo directa. El otro día leí en una revista de esas que nos gustan a las mujeres que el amor no es más que una reacción química. Cuando conoces a alguien desprendes una hormona... Adrenalina, eso adrenalina... Lo nuestro era pura adrenalina... Y que luego ya, las cosas se calman y viene otra hormona de un nombre imposible... Fenile... Bah, no me acuerdo... Y luego otra más rara todavía... Y que las cosas al final ya no son iguales pero...», «¿Hoy tampoco vas a venir a cenar? Había comprado una botella de vino para celebrar nuestro aniversario y...», «No te estoy presionando, cari, no te quiero presionar, mi amor... Sé que tienes mucho trabajo y que...», «Está bien, está bien, no te enfades... Antes no te enfadabas conmigo y ahora... Ahora me haces un poco de daño al agarrarme del brazo...», «No, no estoy diciendo nada... Es sólo que...», «Aahhh, Raúl, por favor...», «No, no...», «Tranquilo, mi amor, tranquilo...», «Tú eres muy libre de hacer lo que quieras... Yo no soy nadie para controlarte, sólo tu mujer y...», «Raúl, los vecinos se van a enterar, no te pongas nervioso, no grites...», «¡Raúl, déjame...!». Tengo miedo, sí, tus ojos ya no son azules o verdes, son negros... Y dentro no veo nada, ni siquiera el reflejo de mi propio miedo... (**Como hablando con una vecina, se toca la mejilla.**) «No, no, Reme, no ha sido nada... Me dejé abierta la puerta de uno de los armarios de la cocina y al ir a

levantarme... ¡Pero qué tonta que soy!» **(Se tapa la boca con las manos ahogando un grito.)**... Esto no es real, no lo es... No me puede pasar a mí, no a mí... No... La puerta del ascensor... Está aquí... Va a entrar de un momento a otro... Si consigo hacerle creer que estoy dormida quizá no... «Hola mi amor...». «Claro que me sigues gustando, no digas tonterías...». «No te rechazo Raúl... Pero ahora... Has bebido mucho y...» «¡Déjame, por favor!» «¡Raúl no...!» **(Rompe a llorar.)** No, nooooo... **(Se toca su vientre y recupera el aliento.)** «Te perdono, mi amor... Te perdono, siempre lo hago, ya lo sabes... Sé que no querías hacerme daño... Sé que en esos momentos tú no eres tú... Pero lo mejor para los dos sería tomarnos un tiempo...» «No para siempre, claro que no, pero sí al menos hasta que tú intentes...». «No, no, yo nunca te abandonaría, escúchame...» «Sí, claro que soy tuya, sólo tuya y de nadie más...». «Y sí, eso, antes muerta que con otro hombre...». «Duérmete ahora, duérmete, así en mis brazos...» **(De nuevo a una vecina.)** «No, Reme, esta vez no ha sido la puerta. Pero prefiero no hablar ello. Te agradezco mucho que te preocupes... No pienso denunciar a mi marido, no digas tonterías... ¿Quieres que te baje la basura?»...

(La lavadora ha comenzado a centrifugar. La mujer la mira fijamente, absorta en su movimiento.)

MUJER.- ¿Cuántas lágrimas caben en una vida?

(El centrifugado llega a su momento más intenso. Después se va deteniendo poco a poco.)

MUJER.- «Algo debió atrancar el tambor, Raúl... De repente se paró en seco y...». «Sí, esa horquilla es mía, pero...». «Lo siento, mi amor, lo siento, yo... Mientras la reparan puedo bajar a la lavandería nueva de la esquina... Es muy bonita, como de esas que salen en las películas americanas de la sobremesa...». «Yo no quería romper la lavadora, no digas tonterías, mi cielo...». «¿Joderte? Nunca, nunca... Yo nunca...». «Ya sé que te matas a trabajar para traer dinero a casa, todo lo haces para mí...». «Y yo te pago así...». «Tienes razón, mi amor, la tienes...». «¿Quieres pegarme? Una vez más... Sí, hazlo, adelante, hazlo... Golpéame, duro, dame duro, así, hinca tu rodilla en mi estómago, clava tu anillo de casado en mi mejilla, una, dos, tres veces... ¡Las que haga falta!. Márcame como a una res

que nunca saldrá de tus tierras... Nunca...» Nunca es demasiado tiempo, Raúl... Incluso para un hijo de puta como tú...

(La lavadora se ha detenido del todo. La mujer se levanta y abre la portezuela. Saca las sábanas blancas.)

MUJER.- Prefiero secarlas en casa, en el patio, al sol... Las secadoras estropean mucho la ropa... Y estas sábanas tienen tanto valor para ti... Sobre ellas tu abuela perdió la virginidad en su noche de bodas... La imagino al día siguiente limpiando ella misma con cuidado, con sus propias manos, el rastro de sangre que dejó aquella primera noche de amor... Ahora las cosas han cambiado, Raúl... El rastro de tu sangre se ha ido directamente por el desagüe... No he tenido que volver a mancharme para hacerla desaparecer... No debiste echarme la siesta, no mi amor, no mientras yo ponía hielo en mi mejilla, no mientras el espejo me retaba a acabar de una vez con todo esto... «Cobarde...». O tú o yo, Raúl... Una, dos, tres puñaladas... Las que haga falta... Tus ojos ya no eran verdes, ni azules... Ni tan siquiera negros. Tenían el color del miedo... Pero esta vez no era mío, era tuyo... Sólo tuyo... Sólo tuya.

(La mujer mete las sábanas en la bolsa.)

MUJER.- Imagino que el juez considerará que fue premeditado, que no fue defensa propia asesinar a sangre fría a un pobre marido que descansaba tras el trabajo, que para ser inocente hay que clavar el mismo cuchillo que empuñan en tu dirección en ese mismo momento, en cualquiera de los momentos que me has ofrecido, no media hora más tarde, no mil golpes más tarde... Lo tuyo no era premeditado, Raúl, no, era tu carácter... ¿Pero sabes una cosa, cari? Me encogeré de hombros, así, ¿ves? y les diré que la culpa fue de esas hormonas de las que hablaban en la revista... Esas hormonas juguetonas que te hacen enamorar de cualquier demente dispuesto a hacerte vivir en el infierno el resto de tu vida... La debo tener aún por casa. La buscaré antes de llamar a la policía... Sí, la buscaré y releeré el artículo... Es bueno que sepan quien tuvo la culpa... La hormona, eso, la hormona...

(La mujer coge la bolsa y sale. Oscuro.)